¿

Por qué no nos comportamos como sobrevivientes? Esta es la pregunta que debería suscitarse en nuestra conciencia. Han transcurrido más de tres años desde aquel día en que la Peste (Pandemia del COVID-19) nos recluyó irrevocablemente a nuestras casas. En el transcurso de un par de días perdimos de manera intempestiva nuestra libre locomoción, reduciendo el mundo a paredes frías y pantallas. Pero no solo nuestra libertad se coartó, también la vida tuvo a la Pálida como verdugo. Miles de vidas perdidas. Innumerables personas suprimidas entre ahogos y respiradores mecánicos. Familias enteras sumidas en soledad por el vértigo de la muerte súbita. Todo esto cesó. Hará hace un año y medio de eso. Sin embargo, la sensación de la vida, las maneras de ser y la significación del mundo parecen estar en un movimiento errático. No se atisba en el horizonte agitación alguna que nos pueda dar, siquiera, la leve impresión de una revolución en el espíritu colectivo del mundo. No hemos escuchado discurso alguno que nos haya podido conmover, como humanidad, sobre la tragedia. Parece que estamos absortos, imbuidos por un estímulo más poderoso que el de la Pandemia. Pero ¿qué necesitaremos para estremecernos en realidad como especie? ¿Un asteroide a punto de estrellar la tierra? ¿Una raza alienígena Nazi con complejo supremacista? El sobreviviente de una catástrofe tiende a emerger de las cenizas formadas por la tragedia de Otros. Lo primero que siente es estupefacción. Está feliz y asombrado de que aún respira, mientras que a su alrededor solo ve desdicha e infortunio. Como contrapeso adquiere, consciente o inconsciente, una responsabilidad de vivir con la mayor plenitud que le sea posible. Entiende que es un afortunado. Sabe que, si es testigo de la desolación, es porque tiene enfrente de sí una segunda oportunidad. Como consecuencia, abre las puertas de la reflexión para replantear hiperbólicamente todo. Tiene a sus pies la posibilidad de resignificar el mundo o, por lo menos, el suyo. Otra característica del que sobrevive es su implacable deseo por contar su historia, su aventura. Ilustrar cómo sorteó los obstáculos. Narrar de qué manera no lo devoró la oscura noche. Pero, en respuesta, guardamos silencio. Como si se tratara de un hecho bochornoso del que preferimos no hablar o, del que se asume que fue igual para todos y sobre el cual no vale la pena redundar, repetir, caer en el lugar común. Ignoro si para alguien es palpable, en lo colectivo, un cambio estructural, una mutación en las notas de la composición esencial. No dimos la vuelta de tuerca. No fue suficientemente traumático el aislamiento, la debacle económica y los espectros atragantados sobre camillas a lo largo y ancho del globo para cambiar nuestros modos. Nuestro proceder fue, sobre todo, tanatológico. Nos fugamos de la reclusión, poseídos por Dionisio, para contagiar del virus a nuestros abuelos y seres queridos. Nuestros gobiernos salieron afanosamente a salvar los bancos y las grandes empresas, dejando a las pequeñas y a los empresarios más humildes sucumbir ante la asfixia económica. El hambre y la desesperación nos llevaron a exponer el propio pellejo saliendo a las calles en busca de justicia social. Apenas daba sus primeros visos el gran esfuerzo logrado con las vacunas, cuando el titán ruso asestaba sus primeros golpes a Ucrania y nos ponía al borde del desbarrancadero de una tercera guerra mundial. No pudimos, gobernantes y gobernados, dominar nuestra propia conducta. No hubo faros ni voces que dominaran la coyuntura con su sabiduría. Siquiera hubo quien nos conmoviera o trazara el camino que debíamos recorrer en adelante. Estuvimos solos. Y no es sorpresivo que ello ocurra en un mundo donde hay un culto exacerbado al individualismo, en donde cada uno de nosotros se concibe así mismo el centro concéntrico. Hoy la vida transcurre con dudosa normalidad. Como si la Peste hubiera sido una simple gripe. Seguimos en lo mismo y con los mismos, solo que con chips circulando por nuestras venas, insertados por sospechosas vacunas, que no nos dejan abrir las puertas de mármol de ese sueño inalcanzable de la reflexión. ¿Por qué no nos comportamos como sobrevivientes?

*Luis Fernando Calderón Arellano*